

**Título:** Seudónimo

**Seudónimo:** Chancho Rengo

\*\*\*

## **600 km**

Así que acá estoy, entre la cara o la cruz,  
en la fila del banco, esperando, corrigiendo  
la postura y esperando, mientras gira la ruleta,  
leyendo los labios como quien lee braille,  
labios reseco por la crueldad de las primeras canas en mi madre,  
como un ciego a quien le falta un aliento. Acá  
estoy, habiendo pasado veintitrés años,  
veintitrés años murmuradamente desperdiciados.

He deshecho de mí cualquier explicación.  
Con tierra bajo las uñas, Salto  
me deshizo en mí. A veces  
acercan su hocico dócil a estas manos  
las sombras intolerablemente blancas  
de aquellos días  
en que había casi demasiado sentido. No ahora  
que nuestra breve jornada pronto habrá terminado  
a pesar del mar, que yace lejos  
encima de su espalda rascada contra el sol herido.

En la desaparición se encuentran otras presencias,  
que no son la ausencia, pero  
de un modo inexplicable reflejan haber olvidado  
que uno vale lo que duelen sus zapatos  
y que yo también he esperado como todos para nada.  
No vayamos nunca a las ciudades aquellas, te ruego;  
quién sabe qué harían de nosotros  
las filas de sus bancos.

## La espera

Ahora la tarde muere a retazos,  
viejo pájaro que bulle  
asomado bajo la siempre noche,  
solo, deshabitándole sueños.

Ahora volándose abandonos, y no he sabido  
dejarme afectar sensiblemente,  
desgarradamente. Apenas en la ventana  
y el vidrio tiene mucho de despedida.

Algo nos hiere y no sabemos dónde:  
tengo las manos sometidas  
hasta el fondo de estas ruinas dormidas.

Y es de tarde, lejos aún,  
y sólo espero, con los huesos desparramados,  
un día en que mirar sea entender.

## Sobre la obra en marcha

En busca de la primera ebriedad  
arrastro ya incontables borracheras  
viejas luces indomables y soles de las seis  
arrastro apenas una idea que se apura entre los labios  
donde duermen por la boca los jaguares imposibles  
y la ciudad que ya no sabe qué hacer.

Y la ciudad es un ya no saber qué hacer,  
y a las encías inflamadas, qué les vamos a hacer?  
Estrangulamiento y conmoción, no en vano  
disfrazarse de transeúnte sin demora, cruzando  
a media asta por las tiendas —polillas en las cejas—  
mientras por todas partes se elevan  
monstruos de diez pisos bajo el pie del albañil.

Al ómnibus que no pasa lo vamos a correr?  
A los diez años reventé una ventana con la pelota,  
a los veinte una ráfaga inesperada tiró contra el piso  
un espejo amado que había sido regalo de mi abuela;  
y todavía siento miedo de cortarme  
con esas esquirlas infinitas.

De qué sirve saber que siempre están  
rascándole el triperío a las nubes o barriendo vidrio?  
Con mucha imaginación hasta una escoba sirve para algo:  
esta patria mía sólo para abandonarla sirve,  
porque puede decirse  
que dondequiera que no estoy es donde soy al fin,  
hasta el último trago, inconcluso desde el inicio.